

SEMINARIO METROPOLITANO DE BURGOS

Breve ensayo histórico
de nuestro idioma-romance

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA
SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADEMICO 1953-54

POR

D. NAZARIO LOPEZ REVILLA
PROFESOR DE LATIN Y HUMANIDADES



1953
IMPRENTA «EL CASTELLANO»
BURGOS

G-F 11021

D 6 CL
A

SEMINARIO METROPOLITANO DE BURGOS

Breve ensayo histórico
de nuestro idioma - romance

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA
SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADEMICO 1953-54

POR

D. NAZARIO LOPEZ REVILLA
PROFESOR DE LATIN Y HUMANIDADES

*A mi querido D. Ferrnando
después con todo el afecto
El autor*



Tít.: 135281
CB. 1207194

SECRETARÍA MICROFILMÁTICA DE BURGOS

«Nihil obstat»

Burgos, 22 de Septiembre de 1953.

DR. FELIPE ABAD

Censor.

Burgos, 23 de Septiembre de 1953.

IMPRÍMASE:

† LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS.

COMITÉ ARQUITECTURA DE CURSO ACADÉMICO 1953-54

107

D. MARIANO LÓPEZ REVILLA
PROFESOR DE LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA

Por mandato de su Excia. Rvdma.
el Arzobispo, mi Señor.

DR. MARIANO BARRIOCANAL,
Canciller-Secretario.



IMPRENTA «EL CASTELLANO».—BURGOS



R.103843



BIBLIOGRAFIA

W. Meyer Lubke: «Lingüística Románica».

Jaime Oliver Asín: «Iniciación al estudio de la Historia de la Lengua Española».—Zaragoza.—1959.

Karl Vossler: «Filosofía del lenguaje».—Traducción de A. A. y R. L.—Madrid.—1941.

Eusebio Hernández García: «Gramática histórica de la Lengua Española».—Orense.—1938.

Ramón Menéndez Pidal: «Orígenes del Español. Estudio lingüístico de la Península hasta el siglo XI». 2.^a edición.—Madrid.—1929.

Hanssen F.: «Gramática histórica de la Lengua Castellana».—Halle.—1913.

Lapesa M. Rafael. «Formación e historia de la Lengua Española».—Madrid.—1943.

Ramón Menéndez Pidal: «Gramática histórica Española».—Madrid.

Conde de la Viñaza: «Biblioteca histórica de la Filología Castellana».

Julio Cejador y F.: «Historia de la Lengua y Literatura Castellana».

Pablo R. Martínez Chacón: «Gramática Latina».

Arturo Cayuela: «Humanidades clásicas».—Zaragoza.—1940.

Reinhart W.: «El elemento germánico en la Lengua Española».—1946. Rev. de Fil. Esp.

Asín Palacios: «Contribución a la toponimia árabe».—Granada.—1940.

Simonet J.: «Glosario de voces ibéricas y latinas, usadas entre los mozárabes».—1.888.



BREVE ENSAYO HISTORICO DE NUESTRO IDIOMA-ROMANCE

EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR; (*)
ILUSTRE CLAUSTRO DE PROFESORES;
RESPETABLES SUPERIORES;
AMADOS SEMINARISTAS;
SEÑORES:

Cuando al comenzar las vacaciones estivales recibí el pesado encargo de preparar el discurso de apertura de este nuevo curso, que la Providencia benignamente nos depara, de súbito me sentí envuelto en una inquietante perplejidad, profundamente abrumado por la trascendencia de este hecho y al mismo tiempo por mi inexperiencia personal, sin saber adonde dirigir mis pasos.

No sabía por qué decidirme ni hacia donde orientarme en el campo dilatado de Latín y Humanidades, con multitud de caminos abiertos, sin saber cual tomar.

La lectura de uno de los libros tan sabiamente escritos por el gran filólogo de nuestros días don Ramón Menéndez Pidal, cuyos profundos y extensos conocimientos están diluídos en las múltiples obras salidas de sus manos, y a quien podemos considerar como el principal impulsor de todo este movimiento lingüístico, me sirvió de luz orientadora en aquella densa niebla, que anegaba mi espíritu, y me movió definitivamente a bosquejar este modesto trabajo acerca de nuestro idioma-romance milenario.

He leído varias obras que transcribo en la bibliografía acerca

(*) Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Luciano Pérez Platero, Arzobispo de Burgos.

de la materia, y no es que considere el asunto completamente agotado, pues está en constante evolución, pero sí contienen los más completos conocimientos hasta el presente obtenidos acerca de la materia, prestando un caudal abundante para adentrarnos en el estudio de nuestra lengua, que nace un día como una vaga nebulosa inconcreta, inconsistente, amorfa, al parecer, que va poco a poco concretándose y llega a tomar la forma tan clara, tan expresiva y elegante que admiramos en los grandes clásicos de nuestro siglo de oro.

Está muy puesto en razón que tratemos de conocer cada día más perfectamente a nuestro pueblo, que, tras todas las vicisitudes tanto antiguas como modernas por que ha caminado a través de la Historia, ha sabido siempre encontrarse a sí mismo y consciente desde la antigüedad de sus virtudes heroicas y de sus altos destinos supo aprovecharse de sus mismos vencedores para asimilar su cultura y civilización, que sobrenaturalizadas pronto por la idea cristiana, habían de ser su mayor timbre de gloria con la producción exuberante de artistas, ingenios y literatos, que nos dejarían como inmortal legado espiritual sus maravillosos y abundantes producciones en las ciencias, en las artes y en la literatura.

La lengua es la expresión magnífica, precisa y concreta de toda esa grandiosa sublimidad. El Supremo Hacedor dió al hombre en el momento de su creación la nota distintiva del lenguaje, maravilla divina, inventada por el corazón infinito de un Dios, para que el hombre pudiera comunicarse primero con el mismo Creador y después con sus semejantes y manifestar sus ideas y sentimientos, sus alegrías y tristezas, comunicación que hace por medio de signos ora hablados, ora escritos, magníficamente combinados por una adecuada reglamentación y cuyo conjunto nosotros llamamos lengua o en nuestro caso romance.

Y al detenernos a estudiar nuestra lengua, no podemos menos de experimentar una gran alegría y satisfacción, al ver cómo en el desarrollo de esos signos y de esas reglas, nuestro romance ha llegado a ser orgullo de propios y admiración de extraños por su virilidad y delicadeza en la expresión, sabiendo juntar en maravillosa armonía los afectos más fuertes y al mismo tiempo los más delicados, lo divino y lo humano, lo religioso y lo patriótico, para dar a todo ello una expresión tan expresiva —podemos decir con acentuado pleonismo—, que sólo nuestra lengua, entre los romances, sabe dar.

Un pequeño bosquejo o estudio de ella es lo que me he propuesto desarrollar en este día solemne de apertura; pero no un estudio gramatical de su formación o desarrollo interno, que nos llevaría mucho más allá de nuestro intento y capacidad y de lo que los límites de un discurso nos permiten, sino un estudio histórico de su constitución, de los elementos que la integran y que allá en un período de tiempo le dieron el ser.

Una advertencia quiero haceros, a mi parecer obligatoria, antes de que con legítima curiosidad os adentréis en la breve lectura de estas páginas mal pergeñadas, pero escritas con todo el afecto que profeso a quienes van dirigidas; y es la de satisfacer vuestra curiosidad desde aquí con unas breves palabras explicativas: no busquéis nada nuevo en estas líneas ni en el fondo ni en la forma, si no es mi buena voluntad. Si así no lo hicieréis quedaríais totalmente defraudados. No he llegado ni siquiera a espiar en el vasto campo de esta interesante materia: no he hecho otra cosa que asomarme un poco al fondo sin fondo de este campo de investigación, muchas de cuyas cosas quedarán por falta de documentos en la mera hipótesis, y así asomado, rastrear un tanto para cumplir mi cometido.

Y sin querer detenerme más, vengamos al desarrollo del tema: «Breve ensayo histórico de nuestro idioma-romance».

Las lenguas de la España anterior a los romanos

El geógrafo griego Estrabón, que vivió en el siglo I d. de J. C., cuando ya España estaba dominada por los romanos, nos dice que entre los naturales de la Península no existía unidad lingüística (1).

Esta afirmación está corroborada por la prehistoria de nuestra Patria, que nos marca claramente la existencia de dos grupos totalmente distintos en nuestro suelo: el uno es el cántabro-pirenaico, representado por las maravillosas pinturas cavernarias de Altamira y Candamo; el otro, acaso menos antiguo, es el mediterráneo, representado por las pinturas rupestres de cacerías y danzas de Alpera y Minateda. De estos dos vastos núcleos descenderán, andando los siglos, los dos pueblos vasco e ibérico, prolongación respectivamente de los antes mencionados.

(1) Oliver Asín; «Historia de la lengua española», pág. 18.

Fueron después muchas las invasiones que sufrió la Península, de pueblos que ocuparon sus distintas regiones y ejercieron una marcada influencia sobre ellas, como los Tartesios o Turdetanos, que ocuparon la Andalucía y Sur de Portugal, donde florecieron durante largos siglos.

Los Fenicios se establecieron en las costas meridionales y fundaron *Gadir* o *recinto amurallado* deformado después por los romanos en Gades y por los árabes Qadis, de donde proviene nuestro actual Cádiz. A éstos les sucedieron los potentes Cartagineses, que fundaron la célebre Cartago Nova o Cartagena, a la que constituyeron en capital de su imperio en España. Por otra parte, el Centro y Noroeste de la Península fueron ocupados por otros pueblos procedentes de Europa, sean los ligures o ilirios y ambrones, y otro pueblo procedente del Sur de Alemania, los Celtas, que ocuparon la Galicia, el Sur de Portugal y las regiones altas del Centro y Sierra Morena, los cuales se unieron con los Iberos y formaron el pueblo que los antiguos conocían con el nombre de Celtiberos, ocupando las regiones del Centro y Aragón, que se llamó Celtiberia.

Muchas ciudades fundadas por los Celtas tienen nombres, compuestos de *briga*—fortaleza—o *sego*, *segi*—victoria—, p. e. *Conímbriga*, hoy Coimbra, *Mirobriga*—Ciudad Rodrigo—*Segontia*—Sigüenza—Segovia.

Nada tiene, pues, de admiración, que, con la influencia de pueblos tan extraños, venidos de puntos tan distantes sobre nuestro suelo, fuera una realidad el aserto de Estrabón, que por otra parte queda confirmado por las recientes investigaciones acerca de las inscripciones grabadas en lápidas y monedas. Los alfabetos ibérico y tartesio sirvieron cada uno para diversas lenguas, lo mismo que el latín. El alfabeto ibérico es mucho más conocido que el tartesio, por lo que ofrece menos dificultades para la lectura; pero aun suponiendo como verdaderas las transcripciones que con los modernos estudios se han hecho, sin embargo, queda por resolver el problema fundamental, que es el de dar sentido a esas transcripciones, ya que no se pueden cotejar hoy con ningún otro texto de lengua antigua bien conocida.

A pesar de todo, aparecen bien claras y delimitadas las principales zonas lingüísticas de la España prerromana. En el Centro, Norte, Oeste y Noroeste, invadidos por inmigraciones indoeuropeas, florecieron las lenguas precélticas y célticas. En el Sur, donde

dominaron los fenicios y cartagineses, hubo núcleos, que conservaron su lengua hasta después de largo tiempo de dominación, en los comienzos de la época imperial romana, distinguiéndose entre todos los tartesios o turdetanos, que conservaban una lengua propia, de bastante cultura, con cultivo de algún poema y leyes versificadas, dándose también el caso de conservarse varios nombres—entre ellos los de los caudillos ilergetas, que sucumbieron ante la presión de los romanos—que eran compuestos de voces celtas e ibéricas, y celtas e ilíricas, como Mandonio, Indíbilis o Andobales.

El ibérico y el vascuence

Entre todas las lenguas antiguas merece una mención especial el vascuence, que se habla en las Provincias Vascongadas y Navarra, por haber sobrevivido a la dominación de España, aunque no quedó al margen de la civilización romana, que asimiló en gran parte, tomando un considerable caudal de voces latinas, que incorporó a su idioma y transformó hasta adaptarlas a su peculiar fonética.

El vascuence es el resto vivo de nuestra lengua primitiva, el ibérico. Es verdad que el vascuence de hoy, dividido en varios dialectos, poco conserva de la lengua primitiva por las seculares transformaciones fonéticas que ha sufrido y por lo que ya hemos apuntado, de la adaptación de muchas voces latinas y aun romances. Nada sin embargo se puede decir de su evolución interna, pues ha carecido de toda literatura escrita durante muchos siglos. Hasta el siglo x no tenemos nada escrito de esta lengua, ni siquiera frases y palabras sueltas, que comienzan a aparecer entonces, y sólo desde el siglo xvi se conservan textos extensos, sin que haya llegado nunca a alcanzar una literatura abundante ni sea conocida como lengua culta.

Por ello poco puede saberse a ciencia cierta de la lengua primitiva de nuestra Península, ya que los romanos se mostraban sobradamente parcos sobre la lengua indígena del país conquistado. Nos consta por ellos que resultaba su pronunciación demasiado difícil para los conquistadores, ya que poseía sonidos inarticulables para un romano. Y así, el mismo Pomponio Mela, que era español, pero de una región muy pronto romanizada—Tingentera—nos dejó escritas estas palabras: «Cantabrorum aliquot po-

puli amnesque sunt, sed quorum nomina nostro ore concipi nequeunt» (De Sit. Ur. III, 1). «Existen algunos pueblos y ríos de los Cántabros, cuyos nombres no pueden ser pronunciados con nuestra boca». Y les resultaba tan extraña la manera de pronunciar de los indígenas que llegaba hasta producirles risa, sin que por ello se avergonzara nuestro pueblo, como nos dejó consignado el escritor-poeta aragonés Marcial: «Nos, celtis genitos et ex iberis—Nostrae nomina duriora terrae—Grato non pudeat referre versu». «No nos avergüenza cantar en nuestros gratos versos los nombres más duros de nuestra tierra, ya que nacimos de iberos y celtas».

El ibérico poseía una extraordinaria vitalidad para la formación de las palabras, gracias a sus muchos sufijos, algunos de los cuales perduran todavía en el vascuence. Y la toponimia de toda nuestra Península nos convence de lo ampliamente extendidas que estuvieron por el suelo patrio las lenguas similares a la eúscara antes de que los romanos invadieran nuestro suelo.

La toponimia del Norte nos muestra que son vascos muchos nombres de lugar compuestos, integrados por voces y sufijos eúscaros, como *berri*, nuevo, *otz*, frío, *toi*, sitio, *gorri*, rojo y *oi-koi*, propensión, tendencia; así, Javier, Javierre, corresponden a *Esa-berri*—casa nueva,— *Araotz*—llano frío—, *Isiberri* y *Uribarri* tan frecuente en la toponimia vasca—villa nueva—, etc., etc. Valle de Harán (Huesca), Valle de Arango (Oviedo), Aravalle (río y valle de Lérida) de *aran*—valle—en vascuence, demuestran indiscutiblemente, por evidente tautología, su procedencia vasca.

Estos nombres no los podemos considerar como un efecto de influjo vasco tardío; pues experimentaron las mismas transformaciones fonéticas que las palabras latinas al pasar a los romances aragonés y catalán, lo cual es una prueba de que ya existían cuando sucedió esto, en los siglos VI al VIII (Lapesa, R.). Por otra parte no lo podemos atribuir a una población que hablara el latín; pues se diferencian totalmente, por lo que forzosamente tenían que existir antes de la romanización, es decir, eran indígenas.

De la misma manera, al Suroeste de la Vasconia de hoy, al Sur de Alava, en la Rioja y al Este de nuestra provincia, en la Bureba y Juarros, hallamos toponímicos, como estos «Ochánduri, Cihuri, Ezquerria, Uzquiza, Zalduendo, Urrez,» etc., que nos dan idea de su origen.

Y fuera de estas regiones, por toda la Península, tanto en los extremos, Galicia, Cataluña y Andalucía, como en el Centro y

Aragón, hallamos, aunque con menos frecuencia, nombres de lugar, compuestos de raíces o palabras vascas. Así tenemos *Valderaduey*, río que discurre por Zamora, León y Valladolid, que antes se llamaba *Araduey* y en el siglo x *Aratoi*, del vasco *ara-toi*, que significa «tierra de llanuras», sinónimo de la tierra de Campos con que es conocida hoy la tierra regada por dicho río. La Iria Flavia, de Galicia, hoy Padrón, es compuesto del vasco *Iria*—ciudad—, y en Zaragoza tenemos Alcubierre, en cuya composición entra el sufijo *berri*—nuevo—, Benabarre en Huesca e Isaberrí en Lérida.

En el Centro, la antigua Arriaca *arri-aga*—sitio pedregoso— o pedregal, cuyo nombre cambiaron los árabes, sustituyéndole por Guadalajara, que en árabe conserva el mismo significado «valle de las piedras», y en Granada tenemos Ilíberis, hoy Elvira, por etimología popular, que parece, según los peritos, una latinización de *Isi-berri*—ciudad nueva—.

También parecen ser vascos los sufijos *accu*, *eccu* y *occu* propios de toponímicos, que se transformaron en *ueque* y *ueco*, como Aranzueque, Jadraque (Guadalajara), Mazueco (Burgos), Lumpiaque (Zaragoza).

El hecho de que por toda nuestra Península encontremos toponímicos de una misma raíz nos demuestra la existencia de hablas primitivas ligadas al vascuence, que pueden ser ibéricas o de otra procedencia en su origen, aunque hoy las encontramos incorporadas al vasco.

Respecto del origen del vasco nada se puede establecer como incontrovertible; pues mientras unos ponen en relación el iberovasco con las lenguas camito-semíticas por la evidente analogía de ciertas voces vascas con otras bereberes, coptas, egipcias y cusitas; otros, en cambio, lo creen procedente de las lenguas del Cáucaso y Asia Menor, apoyándose en la semejanza de escritura gramatical. Lo cierto es que el vasco es tan viejo que en él sobreviven hábitos propios de la Cueva de Altamira o de la época de los dólmenes, cuando la piedra tallada era el único instrumento cortante, ya que la voz que en vasco sirve para formar las palabras que significan hacha, cuchillo, etc. es *aitz*, que significa piedra.

En la España prerromana existió una lengua indígena anterior a toda influencia extranjera, que es la de las inscripciones con caracteres ibéricos de la toponimia ibérica, esparcida, como hemos dicho, por toda la Península, que dió origen al vascuence, lengua

la más antigua de Europa y reliquia venerable de nuestro pasado nacional (Oliver Asín).

España invadida por Roma

Los dos pueblos representantes de las civilizaciones antiguas del otro lado del Mediterráneo, Roma y Cartago, que se disputaban la hegemonía del mundo en el comercio, en la industria y en la agricultura, habían puesto simultáneamente sus ojos en la codiciada Iberia por sus riquezas y posición estratégica.

Luchan encarnizadamente entre sí; y, si la fortuna favoreció en un principio a los cartagineses, en el siglo III a. de J. C. (año 216) comienzan a declinar las armas de Cartago, que queda definitivamente vencida por la preponderancia e influencia militar de Roma. Con ello cambia completamente el rumbo de la historia de España, en lo político, en lo militar, en la cultura y civilización, que es orientada y dirigida por Roma.

No fué, sin embargo, cosa fácil para los romanos realizar aquellos deseos insaciables de expansión de la República: su establecimiento total en la Península.

Los indígenas, aunque divididos por su orgullo y diversidad de pueblos, defienden su independencia con heroísmo invencible durante más de dos siglos.

Como dice Menéndez Pidal, a pesar de su división política, se consideraban etnicamente unos, amantes de su suelo y de su unidad geográfica, por lo que se agruparon y unieron como uno solo en contra del invasor.

Sin embargo, España se ve obligada a sucumbir ante la potencia entonces más grande del mundo, no sin antes haber escrito las primeras y brillantes gestas de su historia inmortal, las «gloriosas páginas de Numancia y de Viriato; más tarde la guerra dirigida por un romano, Sertorio, en que Hispania, ya como provincia romana, pretende con las espadas ibéricas dirigir los destinos de Roma; en seguida la guerra civil entre César y Pompeyo, hecha en gran parte en el suelo de España; y por último las campañas de César y Augusto para someter a los últimos pueblos independientes del Noroeste, los galaicos, los astures y los cántabros» (1) que vivían todavía incontrolados.

(1) Menéndez Pidal: «Historia de España». Introducción, pág. X.

En el año 19 a. de J. C. sobreviene el dominio total de la Península, que se convierte entonces en *provincia paccata*. Sigue a continuación una era de paz general hasta el siglo v después de J. C. en el que se desmorona el Imperio, durante el cual los iberos, que tan tenazmente mostraron su amor a la independencia, colaboran con sus dominadores, aceptan su cultura, su lengua y su organización, sus sistemas políticos, sociales y económicos, es decir, España se transforma totalmente en estos cuatro siglos de dominación romana.

CONSECUENCIAS DE ESTA INVASION

Romanización de España

Esta transformación abarca todos los órdenes de la vida y tiene sus manifestaciones en lo político, social, económico, artístico y cultural.

La invasión trajo como consecuencia el contacto militar entre vencedores y vencidos y con él la aportación de ideas mutuas, suministrando más, como es natural, aquel cuya cultura era superior.

De estas relaciones entre vencedores y vencidos, entre pueblos tan distintos en cultura y en ideas, tuvieron que surgir necesariamente conflictos y roces, cuya solución no podía ser otra que la que dieran los vencedores conforme a su espíritu y derecho, que era lo más perfecto entonces conocido, por lo que ello fué un agente máximo de esta transformación.

No vamos a creer, sin embargo, que todo lo importado por Roma fué aceptado por los vencidos de una manera pura, tal como los romanos lo tenían y querían introducir; pues para ello hay que tener en cuenta las costumbres raciales y el carácter de cada pueblo, acomodándose a ellos y sufriendo las transformaciones necesarias para su adaptación.

Acaso lo que más espontáneamente se aceptó fué sin duda el lenguaje latino: la razón es clara. La cultura superior de los romanos y las relaciones de toda clase, principalmente comerciales, que querían y tenían que sostener con ellos, obligó a aceptar, por lo menos en la vida pública, la rica lengua del Lacio, que andando el tiempo sería la madre de nuestra lengua castellana.

Por ser razas distintas, a pesar de todos los esfuerzos hechos por Roma y todas las distinciones concedidas a España, entre las

que ocupa un lugar preferente el hecho de conceder a los indígenas los derechos de la ciudadanía romana con todas sus consecuencias, sin embargo, hay algo que no pudieron absorber ni fusionar ni hacer desaparecer; el espíritu ibérico, sobrenaturalizado más tarde por la idea cristiana, el carácter distintivo de nuestro pueblo.

España aun fundiéndose con el Imperio, como una sola alma, no por ello perdió algunas de sus cualidades y virtudes ancestrales, que supo transmitir a la misma Roma, hispanizándola en cierto modo con sus cinco grandes Emperadores —Galba, Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio— y con sus famosos oradores, filósofos y poetas, que marcan un nuevo rumbo en la cultura latina y le dan un gran esplendor a su lengua, como los Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano y Columela.

El Cristianismo en España

Por los años en que Jesucristo predicaba en Palestina su Evangelio, España acababa de ser totalmente sometida al Imperio de Roma: entonces se hablaba ya en la nueva provincia romana la rica lengua del Lacio.

Con la conquista de España se había conseguido por Roma la unificación política y jurídica, pero faltaba la unificación espiritual. Se tributaba el culto al Emperador como símbolo de unidad suprema, pero era insuficiente. Se sentían ansias de una comunión universal, y la nueva doctrina cristiana vino a traer esta unidad, enseñando la existencia de la vida interior que desprecia las grandezas supremas, iguala a todos los hombres, a los libres y a los esclavos, y abraza a toda la Humanidad por encima de los límites del Estado.

El Cristianismo encontró en el latín un medio providencial para su propagación; pues la unidad de lengua en todo el Imperio Romano facilitó a los discípulos de Jesucristo el predicar una nueva fraternidad y un reino ultraterreno. Por otra parte, el Cristianismo ayudó también a la eficaz romanización de las provincias, ya que muchos de los latinismos del vasco se deben indudablemente a las enseñanzas de la Iglesia, dejando sobre todo una profunda influencia en los romances.

El griego, como más extendido por la parte oriental del Imperio, fué en los primeros tiempos el medio necesario para la predicación a los gentiles y en esta lengua están escritos casi todos los

libros del Nuevo Testamento. Por ello la doctrina y organización de la Iglesia están llenas de palabras griegas, que al fin fueron latinizadas, como «*Evangelium, Apostolus, Ecclesia, Episcopus, Martyr, Baptizare, Monasterium,*» etc.

Extendida la lengua latina en España, bien pronto muchas de las nuevas poblaciones adoptaron nombres latinos para recordar a sus emperadores o famosos guerreros, v. g.: *Cesar Augusta*—Zaragoza—, *Augusta-Emerita*—Mérida—, *Lucus Augusti*—Lugo—, Pamplona, de *Pompeyo*, ciudad fundada por él.

También se daba a las gentes apelativos romanos, algunos de los cuales todavía perduran en nuestros días en lugares a los que transmitieron sus nombres, como *Antoñana* (Alava), *Antuñano* (Burgos), *Antuña* (Asturias) de el latín *Antonia* o *Antoniana*; *Orbaneja* (Burgos) es derivado de *Urbanus*; *Quintillán* (Pontevedra) se forma de *Quintiliano*.

Por otra parte, los Emperadores se declararon enemigos de la nueva Religión, a la que persiguieron sañudamente, siendo innumerables los que en España dieron su vida en cruento y cruelísimo martirio por defender la divinidad de Jesucristo y la verdad de su doctrina.

Concedida la paz a la Iglesia por Constantino, y confirmada por Teodosio, español, de Coca, que prohibió el culto pagano e hizo cristiano al Imperio, los hispano-cristianos pudieron dar culto públicamente a su Dios, venerar a los Apóstoles y a sus mártires y levantar en su honor nuevos templos, al mismo tiempo que cristianizaban los templos paganos y los ponían bajo la advocación de los mártires.

Y si bien es cierto que hoy, por la acción destructora del tiempo, no conservamos nada de aquellos primitivos santuarios, sin embargo, han llegado a nosotros, a través de los siglos, los nombres de los Santos, a quienes fueron dedicados, y que denominaron a los mismos pueblos y ciudades donde fueron venerados. Así, Santiago, una de las más famosas ciudades de la Edad Media, lleva ese nombre precisamente por venerarse allí el cuerpo del Apóstol (de *Ecclesia S. Jacobi*). Seoane, toponímico muy frecuente en Galicia, es recuerdo de una *Ecclesia S. Joannis*, ya que San Juan ha sido uno de los Santos más venerados en España, como lo vemos por los nombres de innumerables pueblos, *Santianes* en Asturias y *Santibáñez* en Santander, Segovia, Valladolid, Burgos, Palencia y Zamora.

De la misma manera se extendieron los nombres de nuestros mártires españoles, sobre todo el de la tierna Virgen de Mérida, Santa Eulalia, a la que se consagraron innumerables iglesias, cuyo nombre se conserva en la toponimia de toda la Península: *Santalla* en Lugo, *Santa Olaria* en Zaragoza, *Santaolalla* en Burgos, León, Santander, Toledo, Huelva y Almería. Lo mismo tenemos a San Emeterio, mártir de Calahorra en el año 300, compañero de San Celedonio, cuyas reliquias se conservan en nuestra incomparable Catedral, de cuya veneración provienen *Santo Medero* (Oviedo), *San Meder* (Pontevedra), *San Medel* (Burgos), *San Meddir* (Granada). A San Tirso, mártir de Toledo (a. 286), fueron consagrados los santuarios de *Santiso* en toda Galicia, *Santotis* en Guadalajara, Burgos y Santander, y *Santiz* en Salamanca. Y así podíamos ir enumerando muchos nombres, cuyo origen se debe a nuestro Cristianismo.

El latín facilitó la expansión del Cristianismo, como queda dicho, pero mucho más recibió el latín del Cristianismo, cuando la Iglesia lo convirtió para siempre en lengua universal, al tomarle como lengua oficial de su liturgia. Y así la lengua hablada en todo el Imperio, que era la latina, recibió un nuevo impulso y un nuevo vigor, señalándole desde entonces un rumbo fijo y sirviendo de freno en la marcha evolutiva hacia su transformación en romances.

HACIA LA FORMACION DEL ROMANCE

El latín culto y el latín vulgar

En la lengua latina, como en todas las lenguas habladas, cabe distinguir dos clases de lenguaje: el literario o escrito, conocido con el nombre de *sermo urbanus* y el vulgar o hablado, llamado *sermo rusticus*. Así distinguimos el latín literario, aquel que se enseñaba en las escuelas, el que empleaban los eruditos, en el que todos pretendían escribir, sujetos a unas normas y reglas determinadas, reglas y normas que diferenciaban más y más el latín empleado en las conversaciones populares y familiares, conocido con el nombre de latín vulgar, hablado al descuido, sin preocupación alguna literaria, con el solo propósito de atender no a las reglas gramaticales y literarias, sino a la expresión de las ideas y sentimientos. Era el latín usado por los colonos y empleados y campesinos, por los legionarios y demás conquistadores, y aun por la clase media

y elevada, que en su conversación ordinaria no sentían preocupación por el lenguaje correcto usado sólo literariamente, algo así como nosotros, que suprimimos al hablar la *de* en los participios en *ado*, cosa que no hacemos al escribir.

El latín culto cada día se refinaba más y más hasta llegar a la perfección expresiva de Tácito, Horacio, Virgilio y Cicerón. Este latín culto quedó fijo por esas reglas gramaticales de los escritores, mientras que el vulgar fué evolucionando cada vez más en las diversas regiones del Imperio; hasta dar lugar al nacimiento de las variadas lenguas romances, nacimiento que tuvo su origen principalmente a la caída del Imperio, pues la lengua latina era la lengua que seguía hablándose en todas las provincias occidentales a pesar de las muchas invasiones que sufrieron de pueblos extraños.

Los romanos apenas ocupaban una provincia, gracias a su poderío militar y político, a su cultura superior a la de los demás, a su talento administrativo, romanizaban rápidamente las razas sometidas y les hacían ir olvidando su idioma nativo o indígena, que necesariamente tenía que resultar pobre para la vida tan complicada y las complejas necesidades que llevaba consigo la romanización.

Este latín vulgar, hablado en todas las provincias del vasto Imperio romano, podemos decir que era el mismo en todas ellas, unificado por la autoridad imperial, aunque no logra borrar ciertas diferencias regionales, cierta tendencia al uso de determinadas palabras en una región con preferencia a otras, como existe hoy en nuestra lengua, donde los andaluces, por ejemplo, emplean vocablos que no se usan en Castilla, sin que esto implique nada a la unidad lingüística nacional. La unidad política del Imperio, las relaciones comerciales y culturales de una provincia con otra, el servicio militar a que se veían obligados los súbditos, la misma unidad administrativa imperial, etc., todo ello era un dique de contención para aquellas diferencias, que por ello permanecían frenadas, impidiendo su proceso evolutivo.

Estas diferencias consistían además y principalmente en el distinto acento propio de cada región. Por eso decía Quintiliano: «Non enim sine causa dicitur barbarum graecumve; nam sonis homines ut aera tinnitu dignoscimus» (1). «Distinguimos a los hombres unos de otros por el sonido de las palabras, lo mismo

(1) Inst. Orat, XI, 3, 31.

que distinguimos a los bronceos por su tintineo», como hoy nosotros distinguimos a un catalán de un andaluz. El acento a que se refiere Quintiliano, era principalmente el de nuestra Península, un tonillo especial, una manera de hablar a la española, ruda y campesina, como nos refiere Espartiano (1) del emperador español Adriano, quien pronunciando un discurso en el Senado, como cuestor, lo hizo con una pronunciación tan campesina que todos se le rieron. A pesar de su formación y estancia en la Metrópoli del Imperio, no perdió el acento aprendido en su tierra gaditana y por aquel hecho, herido en su amor propio, se dedicó al estudio del latín con tanta intensidad que llegó a alcanzar una suma elocuencia y pericia que deslumbraba.

Pero cuando se desmembró el Imperio Romano, y cesaron las relaciones que existían entre las antiguas provincias, invadidas entonces por los pueblos que irrumpieron del norte y centro de Europa, suevos, visigodos, francos, borgoñones, ostrogodos, etcétera, aquellas diferencias, en un principio escasas, se acentuaron considerablemente y cada vez divergió más el latín hablado en España del hablado en Francia o en Italia, originándose de esta suerte las diversas clases de romances, conocidos por los nombres de las regiones en que se hablan, como el rumano, hablado en la antigua Dacia; el reto-romano, en la antigua Retia, esto es, en parte de Suiza, Italia y Austria; el italiano en Italia; el francés y provenzal, en la antigua Galia; el catalán, castellano, gallego-portugués y navarro-aragonés, en la antigua Hispania. Refiriéndonos a los romances de nuestra Patria, no nos interesa más que el castellano, porque ha absorbido en sí a los dos principales romances, leonés y navarro-aragonés, y porque es el que ha llegado a tener una rica literatura, constituyéndose en idioma nacional.

Características del latín vulgar

Es muy difícil el estudio del latín vulgar por falta de documentos. Como hemos advertido, era la lengua hablada sin ninguna preocupación literaria, por lo que nunca se escribió deliberadamente el latín vulgar, como tampoco escribe hoy nadie deliberadamente el castellano vulgar. Todo aquel que quería o tenía que

(1) «Vida de Adriano», III.

escribir cualquier cosa procuraba ajustarse, a medida de su capacidad, a las reglas gramaticales del latín culto, por lo que no poseemos documentos escritos de aquella lengua hablada, que serían el mejor testimonio para su conocimiento.

Algunas inscripciones, algunos textos descuidados, más que nada por la impericia del escribiente, es lo único que nos queda para su estudio. Por ello los peritos han recurrido a la medida comparativa entre las lenguas romances en sus diversos procesos evolutivos, para reconstruir las formas vulgares, con bastante fundamento sin duda, aunque sin salirse de la hipótesis; pues cuando un fenómeno se encuentra a la vez en las lenguas romances tan variadas, obliga a suponer que tiene una base común, cuyo origen proviene del latín hablado vulgarmente antes de la completa desmembración del Imperio.

En todas las lenguas romances tenemos muchos vocablos equivalentes, derivados del latín, pero no de la palabra clásica, sino de la vulgar que por comparación se reconstruye: p. e. tenemos el clásico *acuere*: en español decimos *aguzar*, en portugués, *aguçar*, en provenzal, *agusar*, en francés, *aiguiser*, en italiano, *aguzzare*. Vemos una fuente común para todos, que no es la clásica, y analizando las palabras, se deduce que el verbo vulgar usado entonces era *acutiare* del participio *acutus* de *acuere*.

De la misma manera el latín clásico admitía en su construcción un hipérbaton muy pronunciado, intercalando entre dos palabras unidas por la concordancia otras cualesquiera, mientras que el vulgar tendía a juntar las palabras, los adjetivos con los sustantivos y los adverbios con los verbos y adjetivos. Algo parecido sucedía con las palabras determinantes y determinadas, admitiendo el clásico la interposición de otras, lo que no permitía el vulgar. Este nuevo orden de las palabras íbase abriendo camino al final de la época imperial, hasta penetrar en la misma lengua escrita. Así en la Regla de San Benito, del siglo vi, se leen estas palabras, que nos dan una idea clara de la gran transformación a que había llegado la lengua latina: «Ad portam monasterii ponatur senex sapiens, qui sciat accipere responsum et reddere et cuius maturitas non sinat eum vagari». En esta construcción vemos ya perfilada la sintaxis de nuestra lengua romance.

El demostrativo vino a convertirse en nuestro actual artículo, como le vemos usado en casi todos los romances, *el padre*, *le père*, *il padre*, etc. lo que nos demuestra que en el latín vulgar usábase

el *ille* (y a veces el *ipse*) con el valor de artículo, refiriéndose a un objeto ya nombrado antes. Tal es pues el origen del artículo totalmente desconocido para el latín clásico, el cual juntamente con las preposiciones vino a sustituir a la declinación desinencial.

El latín vulgar distinguíase también principalmente por su tendencia a expresar por perífrasis lo que el clásico expresaba con una síntesis gramatical. Así se originó la descomposición de los comparativos y superlativos sintéticos, p. e. *feliciores*, *grandiores* por *magis felices* o *magis grandes*: *altissimus* por *multum altus*: lo mismo que las formas pasivas del verbo, en el que fueron reemplazadas todas las simples con un rodeo formado con el verbo *esse* y el participio pasivo, o con el verbo y el personal *se*, tal como hoy lo conservamos en nuestra lengua, p. e. *amabantur* por *erant amati* o *aperiuntur* por *se aperiunt*.

Junto a estas características, generales al latín vulgar de todo el Imperio, existían otras particulares propias de cada región, las cuales hacen diferenciar un romance de otro, aunque procedentes de una misma fuente común. Entre ellas encontramos en nuestra Península la tendencia a suprimir la conjugación en *ĕre*—breve— en favor de las en *ēre*—larga— e *ire*, como *hacer*, *escribir*, al mismo tiempo que poseemos palabras que sólo se usaban en nuestro suelo. Plinio menciona una palabra usada solamente en España, donde, según él, a las paredes llamaban *formaceos*, que se conserva todavía en nuestra lengua, mientras que no aparece en los restantes idiomas neolatinos, significando con esta palabra a *la pared hecha de barro*. También se usaba el masculino *mancipius* en lugar del clásico neutro *mancipium*, originando esta palabra vulgar española, el castellano *mancebo* (catalán *masip*), mientras que no la encontramos en el resto de la Romania.

En lo más antiguo de la Edad Media, cuando comenzaba a dibujarse la lengua romance, si bien es cierto que no poseemos documentos escritos de aquella época en lenguaje corriente, sin embargo, el gran sabio Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, nos da noticia del vocabulario español, usado ya en su tiempo, p. e. nos da a conocer la *lechuga silvestre* de hoja dentada, en forma de sierra, con el nombre de *serralia*, de donde se deriva el español *cerrija* y el portugués *serralha*, y voces exclusivas de España, cuando dice: *hispani vocant mantum*—manto, *hispani gallecum*—viento gallego, *camisias vocamus*—camisas; también *catenatus*, de donde proviene nuestro español *candado* y así otros muchos términos, que

sólo se usaban en nuestra Península y no en los restantes países latinos.

Influencia del latín clásico en el romance

En la formación del castellano, como de los otros romances, no podemos prescindir del latín literario. Es verdad que el latín vulgar es el que más influencia, intensa y extensivamente, ejerció en las lenguas neolatinas, pero él solo no puede explicar toda su formación. Gran parte de nuestro idioma procede del latín escrito o clásico.

Ambos no se diferencian por la fecha, pues el vulgar es tan antiguo o más que el clásico; el latín vulgar no podía existir totalmente divorciado del clásico o literario, y siendo este mucho más rico en ideas y perfección, es natural que tenía que influir constantemente sobre aquel, lo mismo en tiempos de la República y del Imperio, que en los tiempos posteriores, cuando comenzaron a formarse los romances.

Las voces del latín vulgar que dieron origen a las respectivas castellanas, lo hicieron pasando por una constante evolución fonética, olvidando su forma literaria y tomando sus rasgos característicos, que distinguieron un romance de otro: éstas constituyen la parte más principal de nuestro idioma.

Al mismo tiempo que éstas, fueron introducidas otras voces literarias, que al principio siguieron también un proceso evolutivo similar; pero después de formados ya los romances, pasada su primera edad, es cuando comienza con más fuerza ese torrente invasor de palabras cultas, debido a que los nuevos pueblos no abandonaron el estudio del latín clásico, convertido ya en lengua muerta. En el siglo XIII, cuando Alfonso el Sabio adoptó el romance castellano, como lengua de España, se introdujeron muchas voces cultas y sobre todo a raíz del Renacimiento, en los siglos XV y XVI en que se generalizó su estudio mucho más.

Estas voces cultas tomadas no de viva voz, sino de los libros, tienen un desarrollo completamente distinto del de las voces vulgares; pues mientras éstas son producto de una evolución espontánea e incesante desde los más antiguos tiempos, aquellas son introducidas cuando aquella evolución estaba muy adelantada, cuando ya se había formado el idioma, aunque rudamente, por lo que no pasan por toda la serie de cambios que sufrieron las vul-



gares, sino que se atienen con fidelidad a la forma escrita, sin más alteraciones que las precisas para acomodarlas a la estructura gramatical romance, como *evangelio* de *evangelium*, *artículo* de *articulus*, etc. Lo mismo se observa la tendencia del cambio en *ir* de las conjugaciones en *ěre*—breve—, como *regir* de *regere*, *fingir* de *fingere*, *recurrir* de *recurrere*. Otras muchas voces no hicieron más que tomar la terminación popular, quedando intacto el cuerpo de la palabra, así la terminación —*tatem* se asimiló a la terminación popular —*dad* y surgieron todas las palabras terminadas en *dad*, voluntad de *voluntatem*, tempestad de *tempestatem*, etc. De una manera parecida tenemos también un buen conjunto de voces tomadas de la Liturgia o de la predicación de la Iglesia, que pronunciadas de una manera distinta de la cultural, no siguieron la evolución general, porque el pueblo se acostumbró a aquella pronunciación eclesiástica, de donde resultaron *virgen* de *virgine* y *ángel* de *angelus*, cuando de haber seguido las transformaciones fonéticas habrían resultado distintas. De la misma forma se conservaron los otros nombres eclesiásticos o litúrgicos, como *regla*, *apóstol*, *obispo*, *milagro*, *peligro*, *cabildo*, etc., de *regula*, *apostolus*, *episcopus*, *miraculum*, *periculum*, *capitulum*.

Puede suceder que una misma palabra latina origine dos voces romances, una por el latín vulgar y otra por el clásico. La que proviene por el latín vulgar pasa por todas las evoluciones fonéticas, mientras que la clásica se introduce casi sin variación. (Por ejemplo, *sexto*, *sexta*, del clásico *sextus*, pasa íntegramente a nuestro idioma, mientras que el vulgar *siesta* sufre todas las alteraciones). Estas palabras pueden tener un significado común, p. e. las palabras *íntegro* y *fosa*, clásicas, tienen la misma acepción que las palabras *entero* y *huesa*, derivadas vulgarmente. Pero otras veces no tienen de común más que la etimología, aunque su significado sea completamente distinto, p. e. la palabra anterior, *sexto* y *siesta*, *cátedra* y *cadere*, debiendo notar que las que proceden por derivación popular o vulgar tienen un significado más concreto y material, que las de procedencia culta, cuyo significado es más general o metafórico.

Elementos extraños al latín en la formación de nuestro romance

Las circunstancias históricas por que atravesó nuestra Península durante varios siglos, hasta que llegó a la unidad nacional e imperial en tiempo de los Reyes Católicos, ejercieron una gran influencia en la formación de nuestro idioma. El latín es sin duda la madre por su riqueza y sonorización. Y así como al hablar de las lenguas indígenas durante la ocupación de España por Roma, vimos cómo muchos vocablos indígenas fueron introducidos en el latín vulgar, y después quedaron incorporados a nuestro romance, de una manera parecida y con mayor intensidad todavía, cuando cayó el Imperio Romano, y con ello se rompieron los cauces clásicos del latín y el dique de contención a la evolución iniciada, los pueblos que invadieron sucesivamente nuestra Península aportaron su cooperación a nuestra lengua, y enriquecieron el léxico del romance, que se iba perfilando cada día con más claridad y poderío, pasando por sus diversas fases hasta desembocar en la lengua clásica de nuestro siglo de Oro. Esta influencia fué ejercida de distinta manera, según la cultura, poderío y estabilidad de los pueblos invasores.

Los Visigodos

En el año 409, con la caída del Imperio Romano, penetraron en nuestra Península los pueblos que se establecieron en sus diversas regiones, como los Suevos en Galicia, los Alanos en Lusitania y Cartaginense, y los Vándalos en la Bética, que más tarde tomó el nombre de ellos, llamándose *Andalucía*. Poco después (año 415) penetran los Godos, que se organizan en reino independiente de Roma, con Eurico, el año 476, llegando a su esplendor la monarquía goda con Leovigildo y su hijo Recaredo (586-601).

Antes de la invasión definitiva de estos pueblos, vivieron ya durante dos siglos en íntimo contacto con las legiones romanas, unas veces como aliados y otras como adversarios, y de este roce necesariamente sobrevino la mutua influencia en las lenguas, latinizando muchas palabras de los bárbaros y tomando los germanos del latín otras para el comercio, agricultura, derecho, etc.

Guerreros por naturaleza, introdujeron muchas palabras del

vocabulario militar, imponiendo su propia terminología, como *guerra* del germano *werra*, sustituyendo al *bellum* latino: «tregua, guarda, robar, etc.», tienen el mismo origen. El vestuario y armamento de los bárbaros sustituyó también en parte al de los latinos, como «yelmo, guante, dardo, espuela, estribo, etc.». La vida sufrió una gran transformación en todos los aspectos y con la implantación de las nuevas instituciones políticas se introdujeron nuevas voces en el derecho, como *bando* del germano *ban*—«proscripción, prohibición»—; *bandido*, que significa en su origen la persona proscrita que ha perdido la paz pública, y asimismo otras tomadas de la vida y costumbres señoriales, como «jaca, jerifalte, galardón, orgullo, escarnio, etc.».

Por las diferencias de religión entre invasores e invadidos, arrianos aquéllos y éstos católicos, existió entre ambos una profunda división: rehuían la convivencia mutua y la mixtificación, y vivían agrupados en distintos núcleos, como nos prueba la toponimia, en la que aparecen pueblos que conservan el nombre de *godos* y otros el de *romanos*: como *Godos* (Teruel, Coruña), *Revillagodos*, *Villatoro* (Burgos), *Toro* (Zamora) y *Gotor* (Zaragoza), que provienen del genitivo de plural *gotorum*; *Romanos* (Zaragoza), *Romanillos* (Soria, Madrid), *Romanones* (Guadalajara), etc.

Al fin terminaron fundiéndose, cuando ambos abrazaron una misma fe con la abjuración de Recaredo. De esta fusión se conservan muchos nombres y apellidos de los germanos, «Alfonso, Alvaro, Ramiro, Ramón, Bahamonde, Bermudo, Guzmán, Gómez, Manrique, etc.», y en la misma toponimia encontramos nombres de reyes o jefes godos famosos, como *Castrojeriz* (Burgos) y *Villageriz* (Zamora), de Sigerico; *Adaulfe* (Lugo), de Ataulfo, *Bamba* (Valladolid), de Wamba; *Guitiza* (Coruña), de Witiza, etc.

Los bárbaros hablaban sus dialectos propios, pobres en sí para las complejidades a que había llegado la vida con el Imperio Romano, los cuales estaban llamados a desaparecer con la romanización de los mismos pueblos. La lengua latina, si bien decadente, se impuso, y así vemos ya a los primeros reyes visigodos (Eurico) emplear el latín como lengua oficial y diplomática, siendo su romanización tan completa, que pocas palabras suyas pasaron al latín de entonces en todo el territorio de habla latina, algunas de las cuales sólo conserva nuestra Península, como *aleve*—traidor—, *ganso*, de *gans*, *luva*, antiguo guante de cuero.

Pero andando el tiempo, a medida que los Godos van aban-

donando su idioma, la lengua que aprenden ya no es el latín del Imperio, sino más bien un incipiente romance hispánico, cuya fonética era la que hoy caracteriza los dialectos de la Península occidental (Galicia, Portugal) que conservan la *f* y *g* iniciales, diciendo *facere* de *facere*; *germano* de *germanum*; convertían en *ll* el grupo *li* diciendo *fillo* de *filium*, y en *it* el grupo *ct* o *ult*, *noite* de *noctem* o *muito* de *multum*. Este desarrollo iba tomando características propias de la Península, separándose cada vez más y más del resto de la Romanía, por lo que cada vez resultaba ya más difícil, a pesar de ser la lengua latina la comunmente hablada en todos los países que fueron ocupados por Roma, el entenderse un español con un galo o un italiano.

Por tanto, la influencia de las invasiones bárbaras en la formación de nuestro romance no consiste en el mayor o menor número—según los eruditos, muy escaso—de palabras que aportaron dichos pueblos a la formación de nuestra lengua. Sin embargo, el paso de los bárbaros por nuestro suelo tiene una importancia extraordinaria, debido a que con ellos desapareció el Imperio Romano, sufrió una gran depresión la cultura y se dificultaron las comunicaciones con la metrópoli del Imperio, Roma, y con ello la lengua quedaba en cada pueblo abandonada a sus propias tendencias y evolución, facilitando la formación de los romances.

Los árabes y su influencia en el romance español

Cuando parecía consolidarse en Occidente la gran invasión bárbara, un hombre emprendedor y extraordinario, Mahoma, fundaba en el Oriente una nueva religión monoteísta y congregaba a todas las tribus dispersas de la Arabia, encendiéndolas en deseos de una *guerra santa*, para luchar contra todos los pueblos idólatras y restablecer la fe en un solo Dios. Nacía entonces un gran imperio político, que comprendía la Siria, Persia y el Norte de Africa, y tuvo desde el siglo VII al XII la hegemonía política y científica del mundo, como antes la había tenido Grecia y más tarde Roma.

En el siglo VIII (año 711) pasaron los árabes el estrecho de Gibraltar y en pocos años se apoderaron de la Península y Francia Meridional. Entonces se enciende en España el chispazo de guerra contra el invasor, como en el siglo III antes de J. C. se

encendió contra Roma: dos civilizaciones se encuentran enfrentadas en una lucha larga y finalmente decisiva.

Aquel pueblo ocupó al primer empuje casi toda la Península, excepto el Norte y la Cantabria; sumamente culto, cultivaba la ciencia griega, ya casi desconocida a consecuencia de la invasión bárbara—la Medicina, la Filosofía, las Matemáticas, la Alquimia—, y la enseñaba a toda Europa difundiendo términos, que a pesar de su terminología científica se usan internacionalmente, como *alquimia*, *alcohol*, *álgebra*, *logaritmo*, *cero*, *cifra*, etc. Adóptanse desde entonces las cifras arábigas, y caen en desuso las letras romanas, como signos numéricos.

Los invasores hablaban la lengua semítica, árabe, que vino a ser española por hablarse en gran parte de la España dominada.

Ocho siglos permanecieron los conquistadores de lengua árabe en España; nada tiene pues de extraño que dejaran una huella muy profunda en los cristianos, si atendemos principalmente a las continuas relaciones políticas, guerreras y comerciales que no cesaron nunca.

Por eso la importación del elemento árabe en el vocabulario castellano es la más importante, después de la latina.

En las líneas fronterizas de ambos pueblos había muchos que hablaban las dos lenguas; moros, que hablaban el latín, y cristianos que sabían el árabe.

De ahí que el castellano tomase muchas voces de la lengua de los invasores. Estas voces, unas eran propias de la guerra; sus mandos eran conocidos por *alféreces*, *alcaldes*, *adalides*, etc.; montaban a la *jiqueta*, y espoleaban con *acicates* a sus caballos, muchos de color *alazán*; usaban como armas el *alfanje* y la *adarga*; guardaban las flechas en la *aljabá*; transportaban la impedimenta con *acémilas* y ponían sobre sus bestias *jaeces*, *albardas* y *jáquimas*.

Su vida comercial se hacía en *almonedas*, *almacenes* y *alhóndigas*. Para aumentar los ingresos del erario público establecieron las *tarifas*, *aranceles*, *alcabalas*, que cobraban por medio de *aduanas*. Asimismo pasaron muchos nombres de pesas y medidas, algunos de los cuales perduran todavía en nuestro sistema, como *arroba*, *quintal*, *fanega*, *azumbre*, etc.

Se distinguieron notablemente por el cultivo de la tierra, por medio de *acequias*, *aljibes*, *zanjas*, *norias*, etc., sembrando productos hasta entonces desconocidos, como *alcachofas*, *algarrobas*,

arroz, azafrán, alubias, azúcar, algodón, recogían aceitunas, albrichigos, etc.

Como instrumentos musicales empleaban el *laúd*, *tambor*, *añafil*, *albogue* y en la arquitectura tenían palabras técnicas, como *ajimez*, *alféizar*, *alcoba*, *azotea*, *tabique* y *zaguán*.

En la industria se distinguieron por sus célebres tejidos de *alfombras*, *alcatifas*, *almohadas*; sus productos químicos, *alcanfor*, *solimán*, *talco*; en joyería, con sus *alhajas*, *abalorios*, *ajorcas*, *alfileres*; los *alfareros* fabricaban *jarras*, *tazas* de colores vistosos; vestían *albornosos* y *zaragüelles*, calzaban *borceguíes* y *babuchas*, jugaban al *ajedrez*, etc.

De la misma manera encontramos muchos nombres árabes en el relieve geográfico de España o toponimia, que recibía nuevos nombres. Lo que en tiempo de los romanos se llamó *Arriaca* fué denominado por los árabes *Guadalajara* o *río de las piedras*, *Guadalaviar* o *río blanco*. La palabra árabe que significa monte es *yabal* de donde ellos llamaron *Gibraltar* o *monte de Tarik*, *Gibralfaro* (Málaga) o *monte del faro*. Otros pueblos se denominaban por el jefe o cabeza de familia o de tribu, como *Benicasín* o *hijos de Casín*, *Benidorm*, *Benibraim*, etc. *Albarracín* de *Ibn Racín*, *Tordómar* o *torre de Omar*, etc., etc. Otros toponímicos proceden de la vida comercial musulmana o de la vida religiosa o de la misma construcción.

El árabe, pues, ejerció una influencia decisiva en la formación de nuestro romance, no en la fonética, que extraña al español, fué acomodándose a las exigencias de la fonología romance, sino en la incorporación de una cantidad innumerable de palabras a nuestro vocabulario, influencia que varió notablemente a medida que cambiaban las circunstancias políticas. Hasta el siglo XI, en que la vida de España estuvo orientada bajo el poderío musulmán hacia el Califato de Córdoba, centro de irradiación política y cultural, fueron introduciéndose los arabismos sin dificultad alguna. Luego tiene ya que luchar con el *cultismo* del latín y más tarde con el Renacimiento europeo, con el cual no pudo competir. Muchos de los arabismos han sido totalmente desechados y sustituidos por otras palabras más sonoras y expresivas; otros sólo son empleados por los campesinos en el ambiente rural o regional y las muchas palabras que poseemos sirven de característica a nuestro léxico comparándole con los demás romances neolatinos.

Preponderancia del castellano sobre

los demás dialectos peninsulares

Junto al romance castellano se formaron otros de más o menos influencia y preponderancia, y de ellos supo aprovecharse el castellano en su evolución y desarrollo para enriquecerse.

España con la invasión árabe quedó dividida en dos sectores: el Norte, más pequeño, refugio de la fe cristiana y el Sur, ocupado por los árabes, con su centro de irradiación en Córdoba. En el Norte había tres núcleos principales: uno, Asturias, otro en Castilla y el tercero, integrado por Aragón y Navarra.

En estos núcleos el habla no se conserva uniforme, sino que van apareciendo modalidades distintas en la lengua visigoda hasta constituir dialectos diversos que se llamaron asturiano, gallego y leonés por un lado; el castellano en Castilla y el navarro-aragonés en Navarra y Aragón.

Al principio prevalece el asturiano por la influencia de la Corte refugiada en Oviedo; pero cuando ésta se traslada a León en el siglo x y primera mitad del siglo xi, cede el paso al leonés, ya que la hegemonía política era también leonesa. Este dialecto se distingue por su tendencia al arcaísmo de las formas heredadas del antiguo romance cortesano, ya que los mismos reyes se consideraban como los legítimos sucesores de la monarquía goda.

Al mismo tiempo en el entonces Condado de Castilla progresaba más intensamente el romance que se llamó castellano *haciéndose lengua poética en los cantares de gesta breves, que desde muy pronto aparecieron en Castilla* (1) y llegando a fijarse con caracteres escritos, como se ven en los célebres documentos conocidos con el nombre de *Glosas Silenses*, escritas en Santo Domingo de Silos y *Glosas Emilianenses*, en el monasterio de San Millán de la Cogolla, las cuales son unas adiciones romances puestas al margen de un texto latino y ambas casi de la misma época.

En el Sur, los cristianos sometidos a la dominación árabe, conocidos con el nombre de *mozárabes*, conservaron, además de la Religión, el primitivo romance goda, si bien es cierto que vivió una vida de anquilosamiento debido al influjo y postergación a que lo tuvieron sometido los dominadores. En la escritura siguie-

(1) M. Pidal: «Poesías juglarescas y juglares».

ron conservando el latín no pocos, aunque los más utilizaron la lengua común, el árabe, de la que tuvo que servirse un tiempo la misma Iglesia para la exposición de las Sagradas Escrituras: tal era la hegemonía alcanzada por los árabes con su lengua, la oficial y cultural de aquella España, que marcaba desde Córdoba, sede de la cultura y centro intelectual del mundo científico de aquella época, nuevos rumbos en las ciencias y en las artes.

En la segunda mitad del siglo XI comienza el castellano a ejercer su influencia decisiva de irradiación por toda la Península. A ello contribuye la decadencia de León y Navarra y la desaparición del Califato de Córdoba, que queda subdividido en pequeños reinos, conocidos con el nombre de reinos de Taifas, frente a los cuales se levantaba Castilla para ser la cabeza rectora de aquella tarea que en el siglo VIII habían emprendido los pequeños reinos del Norte: reconquistar a España del poder de la Media Luna.

Castilla se constituye en reino (Fernando I, 1035-1065), con sus reyes y primer Emperador, Alfonso VII (1125-1157), extiende sus dominios hasta Cádiz y Jerez, llevando con ellos su propio dialecto, de la misma manera que por León, Navarra y la Rioja. Entonces comienza la unificación de España en la política y en la lengua que había de culminar con la conquista de Granada por los Reyes Católicos.

El romance castellano se ve más libre de influencias extrañas que retardan su evolución, al contrario del gallego y el mozárabe, que se sentían indecisos para tomar determinaciones fonéticas. En cambio se vió siempre influenciado por el vasco. Prueba de esta influencia es una de las características principales del castellano: la sustitución de la *F* inicial por *H* aspirada, o supresión total de la misma —que creo ser su principal característica— acaso porque los cántabros, unidos a los vascos, ya encontraban dificultad para pronunciarla. Los vascos, aun hoy día, no aciertan a pronunciar esa *F* y confunden su sonido con el de *P*.

Mientras los demás dialectos, leonés, gallego, catalán, mozárabe, etc., permanecían como anquilosados en su evolución, tendiendo más a su origen primitivo, el romance visigodo, el castellano abríase camino, apartándose totalmente de ellos en la formación de las palabras de una manera decisiva y sin ambages, diptongando *ě* y *õ* tónicas, en *ie* y *ue*, como *cielo*, *puerta*, reduciendo *ai* en *e*, *laicum*, *lego*, mientras los otros romances pronunciaban *leigo*, *ferro*, *porta*, etc. Al mismo tiempo fué decisivo en la

evolución de determinados grupos de letras, en sí mismas o en relación con otras consonantes, siendo certero en la elección de palabras frente a las dudas de los restantes romances; el castellano se presentaba con el vigor propio del fuerte que no duda.

Para mayor sonoridad del romance se notaba una constante tendencia a la elección de las vocales más eufónicas, que distingue de esta manera Masdeu (1). La *a* y la *o* son las vocales más sonoras y majestuosas y de éstas hace mayor uso la lengua castellana en el fin de las palabras. La *e* pierde un poco de la majestad pero es tierna y dulce; los españoles se valen moderadamente de ella en el fin de las voces. La *i* es una vocal femenil, contraria a la nobleza; la *u* ruda, oscura y la más opuesta a la dulzura, y éstas son las que más evitan los españoles en sus terminaciones, haciendo en esto ventaja a los franceses, que hacen mucho uso de la *ü*, y a los italianos que lo hacen con exceso de la *i*. Por ello es la vocal a la más usada en la terminación de las palabras; la *u* oscura y triste, la convierte en *o*, por ejemplo, *toro*, de *taurus*, *poco*, de *pau-cum*, etc.

Un ilustre filólogo escandinavo, F. Wulff, ha dicho que el castellano es la lengua más sonora, expresiva y elegante de todas las lenguas neolatinas (2).

No se formó el castellano, sin embargo, de una manera uniforme en todas las regiones, sino que presentaba cada una sus peculiaridades dentro del mismo romance, p. e. Cantabria, la Rioja, la Extremadura castellana (al Sur y Este del Duero); pero todas ellas convinieron más tarde en una unidad lingüística.

A pesar de su evolución y progreso, no era todavía el castellano una lengua que había alcanzado los honores de lengua escrita. Es verdad que se componían y cantaban los grandes poemas, como el del *Mío Cid*, compuesto hacia 1140; pero seguía empleando el latín como lengua escrita en la España cristiana, aunque ya se acentuaba más y más su decadencia, sustituido por el árabe, fruto de la intensa arabización de la España mozárabe, que llegó a su apogeo y esplendor, y siguió usándose como lengua literaria durante el siglo XII y casi todo el XIII.

En este siglo, el Rey Alfonso X el Sabio (1252-1284) da el gran paso para la organización de la vida social y cultural ante

(1) «Historia crítica de España»-Madrid, 1783, pág. 217.

(2) Navarro Tomás: «El acento castellano»-Madrid-1935.

aquella España casi totalmente cristiana, que recibiera de su padre San Fernando. Unidos definitivamente Castilla y León en lo político, era necesario unirlos también, juntamente con las tierras conquistadas a los moros, en el lenguaje.

Para ello se contaba con una gran dificultad: el romance era la lengua hablada pero no la escrita, que continuaba siendo el latín; esto dificultaba en gran manera el poder enseñar y educar a aquel pueblo. El vulgo no sabía más que hablar el romance sin entender el latín, cuyo aprendizaje se hacía solamente en la paz y ambiente monacal; por ello era necesario desterrar totalmente el latín de la vida oficial ya que hasta entonces los documentos y leyes se redactaban en la rica lengua del Lacio, para imponer una unidad de lengua hablada y escrita, que llevaría a España a su gran unidad imperial, como la tuvieron Grecia y Roma. Como dice Campanella, «el gran instrumento para adquirir, gobernar y mantener el Imperio es: 1.º la lingua, 2.º la spada, 3.º il tesoro».

A la escritura de la lengua prestó su ingente contribución el poeta riojano, Gonzalo de Berceo, primer poeta castellano de nombre conocido, que escribe su obra para que «la lean los doctos» (Santo Domingo, 259), no para que la canten, sino para que la lean, y versifica en castellano las vidas de los santos, que se escribían sólo en verso latino. Habla el mismo Berceo no de *cantares* sino de *libros* «ca el segundo libro en cabo lo tenemos» (San Millán, 317).

Otras influencias menos importantes

Nuestro idioma no es fruto de una corrupción de la lengua madre, sino término de una evolución orgánica de la misma, que en su constante desarrollo vino a desembocar en los romances. Es verdad que no sólo fué la *lingua romana* (en contraposición a *latina*) la que influyó en su formación, sino que encontramos en él una cantidad más o menos considerable de palabras importadas de otros idiomas, que si en conjunto llegan a adquirir una proporción nada despreciable, sin embargo, con todo derecho puede y debe llamarse *romance* porque se basa en la sintaxis y estructuración de la lengua latina.

Durante siglos estuvo en constante desarrollo y crecimiento; y terminado el período de su mayor evolución, se hacía cada vez más refractario a influencias extrañas, de las que no pudo librarse



totalmente, aunque estas tienen muy poca importancia en el desarrollo de la lengua.

1) El francés fué la lengua que más influencia ejerció.

En los siglos XIII y XIV era muy conocida en España la literatura francesa; en el siglo XV la clase alta rendía culto de admiración al lujo y al refinamiento francés y desde los infaustos tiempos de la Revolución hasta nuestros días estamos invadidos por la literatura francesa con las traducciones e imitaciones de sus obras y el estudio de sus filósofos y enciclopedistas. Bajo esta influencia se han importado una cantidad innumerable de galicismos, ya de antes del siglo XVI, como *paje*, *jardín*, *bajel*, *sargento*, etc., ya del siglo XVIII en adelante, como *petimetre* por pisa-verde, *coqueta* por casquivana, *hotel* por fonda, *silueta* por perfil etc. Han sido cientos de palabras francesas las que han caído en desuso principalmente las usadas por los galicistas del siglo XVIII y muchas otras indudablemente serán desechadas, porque un lenguaje, formado y completo, como el nuestro, tiene en sí mismo la virtud de eliminar toda palabra no asimilada e inútil, como el cuerpo humano elimina cuanto le perjudica o no le favorece.

2) Corre parejas con el francés, aunque algo menguada, la influencia del italiano, lo cual tiene su fácil explicación por las relaciones políticas de España con aquella nación a partir del siglo XV, que tienen necesariamente su repercusión en las letras y en la literatura, con el movimiento petrarquista, la introducción de la métrica italiana, las traducciones de algunas obras características italianas, como el *Cortesano* de Castiglione (1478-1529), que trajo como consecuencia la importación de muchos italianismos a nuestra lengua. Estas relaciones políticas eran más íntimas por afinidades de raza y cultura y por mutua simpatía. El castellano penetró profundamente en Italia, siguiendo, como decía Nebrija, «a los infantes que enviamos a imperar en aquellos reinos» y el mismo Juan Valdés nos dice que en su tiempo en Italia «así entre damas como entre caballeros se tenía por gentileza y galanía saber hablar el castellano».

No menos se explica esta influencia por la superior cultura italiana del Renacimiento, que despertó una afición muchas veces exagerada por lo clásico sobre todo en los Humanistas de entonces, ya que muchos de ellos—Leonardo de Vinci, Pico de la Mirándola, Nebrija, Vives—sobresalieron en el conocimiento de varias disciplinas.

En los Humanistas del Renacimiento cabe señalar dos direcciones opuestas: una, caracterizada por el predominio de la idea sobre la forma, cuyo representante es Erasmo, y otra, por el predominio de la forma sobre la idea, representada por Valla y Bembo, ambas reflejadas en el conceptismo de Quevedo y el culteranismo de Góngora.

Bajo esta influencia italiana se importaron muchas palabras pertenecientes a las artes y a la industria, como *fachada*, *carroza*, *medalla*, *soneto*, *terceto*, *piano*, *barcarola*; al comercio, como *banda*, *fragata*, *piloto*; a la milicia, como *escopeta*, *centinela*, *alerta*, *parapeto* y otras diversas, que persisten en nuestro vocabulario, perfectamente asimiladas.

3) A finales del siglo xv tuvo lugar el gran acontecimiento universal, del descubrimiento del Nuevo Mundo. Su colonización puso al español en contacto con la muchedumbre de lenguas habladas por la variedad innumerable de tribus de las Américas. Y sucedió lo que dijimos al hablar de la invasión de la Península Ibérica por los romanos y que es una ley de la Historia. Aquellos pueblos eran tan inferiores en cultura al pueblo español y sus idiomas eran tan pobres para atender a las complejas necesidades de la nueva civilización, que se impuso necesariamente la lengua española con relativa facilidad, aunque sin destruir totalmente los idiomas indígenas.

Pero a su vez, el comercio floreciente de España con el país recién conquistado nos trajo de América, con la importación de sus productos, utensilios y costumbres, una multitud de palabras nuevas.

Las tribus que más palabras aportaron al léxico español, según Menéndez Pidal (1) fueron: a) la de los Caribes del mar de las Antillas, que fué el primer pueblo conquistado, y nos transmitió una multitud de vocablos, que han arraigado profundamente en nuestra lengua, como «cacique, maíz, sabana, canoa, caníbal, tabaco, tiburón, etc.»; b) los Aztecas, de Méjico, nos dieron también muchas voces de productos del país, con las cuales son conocidos en la actualidad, como «tomate, cacao, cacahuete, chocolate, hule, jícara, tiza, etc.», y c) mucho más aportó todavía el Imperio de los Incas, de cuyo idioma tomaron los conquistadores multitud de palabras que esparcieron por toda la América y por España, como «alpaca, mate, pampa, patata, cóndor, etc.».

(1) Menéndez Pidal: «Gramática histórica», pág. 19.

Unidad y perfeccionamiento de la lengua

No he pretendido ni mucho menos en este modesto trabajo hacer un estudio completo del idioma castellano, que difícilmente se puede compendiar en los estrechos límites de un discurso. Apenas he tocado la parte filológica o desarrollo interno del mismo. No era mi intento otra cosa que trazar a grandes rasgos los elementos históricos de que se ha formado. Faltan otros muchos puntos que tocar de la evolución del castellano a través de los últimos siglos de la Edad Media, con todas sus vicisitudes, alternativas y dificultades, hasta llegar a la fijación de sus formas, selección de palabras y pureza y elegancia de expresión de su siglo de Oro, puntos que paso por alto en gracia a la brevedad que se me ha señalado.

No sé si el romance incipiente soñó algún día con sueños de imperialismo y universalidad. Sí es cierto que, cuando se llegó a la unificación política de España, en tiempo de los Reyes Católicos, se produjo al mismo tiempo la unificación lingüística, con la aceptación de la lengua castellana, que era la única, desde los tiempos de la Reconquista, llamada a hacer desaparecer de la Península todas las diferencias dialectales.

«La unidad de mando y unidad de lengua fué el recio sostén en que se apoyó el nuevo estado» de los Reyes Católicos.

En esta gran empresa de unificar la lengua, colaboró eficazísimamente con los Reyes Católicos el ilustre Nebrija, con la publicación de su *Gramática Castellana*, escrita, como él mismo dice en su prólogo, «para que aprendiesen nuestra lengua los vizcaínos y navarros, franceses e italianos e todos los otros que tienen algún trato e conversación con España ya que no solamente los enemigos de nuestra Fe tienen necesidad de saberla.» (Prólogo a su Gramática).

Entonces el castellano soñó sueños de universalidad. La idea obsesionante de Nebrija—el primer historiador de nuestra lengua—era extender el castellano por el mundo para poder gobernar y dar leyes a aquellos pueblos aún desconocidos pero ya vislumbrados en la mente y empresa acariciada de Colón. La Reina Católica procuró sostener y vigorizar esta idea con su ayuda y entusiasmo por el lenguaje, empleando un nuevo estilo que se distinguía por su sobriedad, sin discursos huecos ni frases altisonantes, en abierta oposición a todo lo exagerado y artificioso.

Como gran humanista del Renacimiento, Nebrija aspiraba a imponer su lengua, a la que consideraba émula de Roma, por el mundo entero, como impuso la suya Roma en todos los territorios conquistados.

Los que más se distinguieron en este trabajo de unificación y florecimiento de la lengua fueron el gran Juan Valdés (1520) autor del *Diálogo de la Lengua*, y el joven poeta Garcilaso de la Vega (1503-1536), que llega a crear un lenguaje poético propio y hace que la lengua pierda su lastre medioeval y salga nueva y moderna en la prosa y en el verso.

A ello contribuyeron otros muchos escritores no sólo de Castilla, sino de todas las regiones de España: Cataluña con Boscán; Aragón con los Argensola y Gracián; Santander con el famoso predicador y prosista Fray Antonio de Guevara; Valencia con Timoneda, Guillén de Castro y Moncada; Sevilla con el poeta Gutierre de Cetina y el historiador Pero de Mexía, y Portugal con Gil Vicente, Camoes, Sa de Miranda y otros. De aquí que el castellano más que castellano sea llamado ya por las gentes *lengua española*. Por eso escribía Juan de Valdés en 1535: «La Lengua Castellana se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia con toda Andalucía, en Galizia, Asturias y Navarra; y esto aun hasta entre gente vulgar, porque entre la gente noble tanto bien se habla en todo el resto de Spaña».

Universalidad del castellano

El gran Emperador Carlos V, cuando vino a gobernar a España el año 1517, ignoraba por completo la lengua castellana; y él mismo precisamente sería quien le había de dar el gran empuje para su universalidad. Se dedicó, pasados los primeros años, al estudio intenso de la lengua a fin de poder entenderse directamente con sus vasallos, como dijo en cierta ocasión ante el Senado de Génova: «Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés o tudesco, he querido preferir la lengua castellana porque me entiendan todos» (1). Así aquel glorioso Emperador, amante de su pueblo y de su lengua, *que era tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana*, impuso el castellano como lengua diplomática, que se hablaba en todo el mundo y en la que

(1) Villalón: «Gramática Castellana», (Proemio) 1558.

todos, Príncipes y Señores, tenían que hablar a su Señor, al Emperador. Por eso en tiempos de Felipe II, terminada la conquista de América, vemos universalmente extendida la lengua por el Mundo Nuevo. Y en la vieja Europa se hablaba el castellano en Italia, en Flandes y en Alemania, donde muchos *se holgaban de hablar el castellano* por agrandar al Emperador, y mucho se hablaba y estudiaba en Francia y en la misma Inglaterra, en donde se leían las obras castellanas sin traducirlas a otro idioma.

Tal era la vitalidad que poseía aquel en un tiempo incipiente romance, que se extendió por el mundo entero en una maravillosa unidad político-lingüística, llevando a los pueblos conquistados, juntamente con la civilización, el tesoro de una lengua, que después de cuatro siglos los acredita, ante el mundo entero, hijos amados de la madre España, que supo darles cuanto tenía: su fe, su cultura y su lenguaje.

Esta universalidad la alcanza nuestra lengua cuando llega a la cumbre de su perfección, en los primeros años del siglo XVII, con Cervantes, forjador de la novela realista moderna con su obra inmortal del *Quijote* en la que hace gala de su conocimiento de las reglas del buen hablar, naturalidad, sencillez y discreción, huyendo por igual de lo artificioso y de lo vulgar, y con el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, que crea un teatro nuevo, que se hace universal. En ellos, como en los restantes escritores de la Edad de Oro, brillaron el equilibrio, la armonía y el justo medio. Pero desde la segunda mitad de este mismo siglo, comienza a declinar el lenguaje y se afrancesa en el siglo XVIII con pérdida de su pureza, de su elegancia y de su estilo.

El idioma en los siglos XVIII y XIX

En el siglo XVIII el Marqués de Villena, en colaboración de otros escritores y eruditos, concibe y realiza la idea de fundar la Real Academia de la Lengua para velar por la pureza y elegancia del lenguaje como reacción a la intensa tendencia galicista de entonces.

Con sus trabajos y publicaciones pudo contenerse algo aquella franca decadencia del español, ganándose merecido crédito y despertando una profunda preocupación por el lenguaje, acaso nunca más justificada. Se establece una lucha contra el mal gusto barroco, que se distingue por el empleo de metáforas desafortunadas y ex-

Fe de erratas.

Donde dice: Es el siglo del Renacimiento.

Léase: Es el siglo del Romanticismo.

...

...

...

... existia.
Donde dice: Es el siglo del Renacimiento.
... Es el siglo del Renacimiento.

...

...

...

presiones altisonantes y hueras, vacías de sentido, y se fomenta el estudio de la literatura clásica española y de las palabras de vieja solera, conservadas en el habla popular, o sea de las palabras que pudiéramos llamar castizas, para recoger vocablos y expresiones ya desusadas y purificar el lenguaje de la influencia francesa.

El siglo XIX se nos presenta con muestras palpables del lenguaje literario: en él adquieren un desarrollo, una riqueza y una profundidad muy superiores al de épocas pasadas algunas de sus formas literarias, como la poesía lírica con Espronceda y Bécquer, el teatro romántico con Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas y Zorrilla, la oratoria parlamentaria con Donoso Cortés, Ríos Rosas, Aparisi Guijarro, Castelar, etc., y la novela, que aparece como género literario predominante con multitud de novelas históricas, de costumbres, regionales, etc. Y en este siglo XIX, gracias a Alemania, que descubre los grandes valores literarios de nuestro idioma, se vuelve a sentir admiración por España y su lengua. Los grandes escritores e investigadores alemanes como Goethe, Grillparzer, Jacobo Grimm, Humboldt y W. Meyer-Lübke, se dedicaron al estudio intenso de la lengua castellana, marcando nuevos rumbos a las letras españolas.

Es el siglo del Renacimiento en el que, si bien es cierto que aparecen notas de pesimismo y melancolía con carácter sentimental, adquiere una especial significación lo popular y regional, se descubre el mérito de los romances viejos y del teatro del siglo XVII y se rehabilita el arte y la poesía popular; se consideran las tradiciones como fuente exuberante de la literatura nueva; se buscan en nuestros libros viejos las manifestaciones folklóricas (cantares, refranes, cuentos populares) por insígnis eruditos como Machado, Sbarbi, Rodríguez Marín, etc. y lo mismo sucede con lo regional, con los sainetes andaluces, la novela montañesa y gallega con Pereda y la Pardo Bazán, los asuntos asturianos de Palacio Valdés y los cuentos vascongados de Trueba.

C O N C L U S I O N

Nuestra lengua siente hoy día inquietudes absorbentes por crear un estilo nuevo, peculiar de nuestra época.

Desde el siglo XVIII ha sido muy profunda la crisis espiritual y política sufrida por España y su Imperio, desaparecido, como consecuencia de las ideas disolventes y odios destructores, sem-

brados por los enemigos de la madre Patria. Pero esta crisis, que abarcó todas las manifestaciones de la vida, no ha quitado nada de vitalidad a nuestra lengua que sigue pujante su marcha ascensional y camina orgullosa al frente de todas las lenguas romances. Es la lengua oficial y cultural de 125 millones de hombres que pesan mucho en la balanza de la Historia.

Esta vitalidad se manifiesta no sólo en su grandiosa difusión por el mundo, sino también y principalmente en ese conjunto maravilloso de unidad, a pesar de hablarse en tierras tan distintas y tan distantes del planeta, la cual viene a ser fruto de aquel alto valor literario que alcanzó nuestra lengua en su siglo de oro y que conserva vivo el sentido de la expresión correcta, a pesar de las diferencias regionales. Por esta vitalidad intensa se sobrepone el castellano a todos los vulgarismos, regionalismos y dialectismos y levanta la bandera de su unidad por encima de los tiempos y del espacio.

Precioso legado el de nuestra lengua, formado a través de múltiples generaciones seculares y recibido como depósito sagrado que hemos de conservar y defender y, en cuanto sea posible, mejorar para no traicionar las esperanzas y esfuerzos de nuestros antepasados.

Para poder cumplir nuestro cometido, es necesario estudiar el idioma no sólo gramaticalmente, sino principalmente en su aspecto científico, comparándole con el latín para ver por este estudio comparativo cómo se fué formando nuestra lengua y con ello poder vivificarla más y más. Si en su siglo de oro llegó el castellano a alcanzar aquella viveza, naturalidad, precisión y elegancia, fué por la gran formación humanista que se dió a la juventud. Y si esto pudo hacerse en los siglos xv y xvi, hoy, con las investigaciones modernas, puede sernos mucho más fácil y más eficaz esta formación. A esto sin duda tendía la orientación del plan de estudios medios y superiores de nuestro Estado, al imponer con tanta exigencia los estudios de las lenguas clásicas.

Por otra parte, tenemos nuestros clásicos del siglo de oro en gran parte desconocidos y ni aún casi leídos. Y no podemos dudar que ellos son la fuente donde tenemos que ir a beber directamente para aprender aquellas sus notas características e inyectarlas en la corriente moderna de nuestra lengua; aquel «buen gusto» de la Reina Isabel, que no era otra cosa que saber elegir las imágenes y los vocablos más adecuados y agradables para la expresión; aquel

«buen juicio» de Valdés para «recoger lo mejor de lo que el ingenio halla» y escribir como se habla, con naturalidad y llanamente, y aquella «discreción» de Cervantes que, como él mismo dice, es «la gramática del buen lenguaje».

Con estas tres normas por guía podemos estar seguros de que la lengua de Cervantes y Lope de Vega, la de Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, volverá a ser lo que fué: arma poderosa del Imperio, tan poderosa que es lo único que subsiste del gran Imperio Español en sus miembros de América, y vehículo aventajado de la fe, de la cultura y de la civilización.

HE DICHO.

